

inaron las propuestas que luego, poco a poco se irían desarrollando a lo largo del año. El mundo, entonces, de las amistades se fue ampliando con nuevos amigos, familias, lugares por recorrer, llamadas que perder en los hilos de la luz: Julián, Fernando, Ángel, Rosa, Ángela, Teo, Vicente...

Varios son los recuerdos personales que en este momento quiero traer a colación. Seguramente todos ellos al abrigo común de los dos tomos de mi libro *Los guerrilleros de Levante y Aragón* editados, el primero, en el año 2006 y el segundo en el 2008. Y el libro más veces presentado en las Jornadas, al menos en tres ocasiones. (Que bien se lo merecía, pues son dos extensos tomos editados en años casi consecutivos). En el proceso de investigación, escritura y presentaciones, como señalo, siempre conté con la ayuda inestimable y destacada de Pedro. Los hilos de la escritura dieron pie a un completo o al menos complejo nudo de acciones relacionadas con la propia historia narrada, vivida y recuperada.

Aquellos caminos de herradura, donde, en época de las bodas de nuestros padres en la prensa del Movimiento, Ofensiva, se escribiese que "no habían pisado en la vida las ruedas de un coche, aunque sí, repetidas veces las pezuñas rojas de un bandolero", me llevaron a pueblos semi abandonados, a campamentos ocultos, a recodos de caminos, masías, molinos... No es cuestión de citarlos. Pero sí que recuerdo un viaje con Pedro y otros amigos a Higuera de las Torres, Casas del Marqués, Bercolón. Yo ya había visitado la aldea de Higuera de las Torres y en mi inconsciente vital, tras algunas charlas previas con Pedro Alcorisa, hicimos un viaje acompañados por el propio "Matías". Habían reconstruido algunas vivencias de una aislada y pequeña población. Su soledad, sin embargo, seguía siendo casi la misma, incluso ahora, agravada por la emigración a las grandes ciudades. En el entorno de estas dos aldeas se asentó la guerrilla del AGLA. De aquí surgieron sus primeros enlaces y al poco guerrilleros. De aquí eran "Simón", "Manolete", "Matías", "Genaro", y todas sus familias. En mi ensueño, al ver aquellas ruinas, quise imaginar los modos de vida, humildes, de personas como las madres y las hermanas de los guerrilleros citados. Refugiándose en la noche para poderse ver y acariciar, y hasta engendrar hijos. Peleando con el tiempo para evitar contrariedades, caminando hacia Graja de Campalbo para comprar útiles de vida o resistencia. Tiempo después volveríamos por el traslado de los restos de "Manolete" y algún más que merecido y digno homenaje.

A Cerro Moreno también subí en compañía de Pedro, Adolfo y Teo entre otros amigos. Fue otro de esos momentos únicos. Se trataba de acceder, en mi caso, por primera vez al espacio casi mítico de la lucha guerrillera de Levante. Fue más que emotivo. Yo, que he vivido muchos preámbulos de la ansiedad, del



nerviosismo creativo o emocional previo y posterior a cualquier momento imprevisible, pero en espera y madurado como positivo, no dejo de removerme de mi asiento cuando todavía hoy recuerdo ese día. Es lo que tiene la geografía de la ruina, o del abandono, sus fantasmas vivos, sus sueños perceptibles